

El estiércol del diablo

Hugo Estrada

Cuando se lee en los periódicos que algún alto funcionario del gobierno ha sido sorprendido en negocios “turbios”, nos viene a la mente una parábola del Evangelio; precisamente la que habla de un “mayordomo infiel” (Lc 16, 1-9). Seguramente el protagonista de la parábola, además de habilidoso en los negocios, era muy honrado; es por eso que su señor lo seleccionó para mayordomo de su hacienda. El dinero hace tambalear la honorabilidad de aquel servidor. Y se repite la historia de tantas veces: el estiércol del diablo contamina las manos del mayordomo. Y así se confirma, una vez más, que la riqueza es un cable de alta tensión: para tocarla hay que protegerse con guantes.

Frases descarnadas

Al leer el Evangelio, no dejan de impresionarnos las repetidas veces que Cristo —con palabras descarnadas— levanta su voz de alerta contra la riqueza. “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico se salve” (Mt. 19, 24). “Ay de ustedes, los ricos, porque ya recibieron su recompensa en este mundo” (Lc 6,24). Estas palabras son tan duras como los latigazos que Cristo les propinó a los vendedores del Templo. Esto no indica que Cristo fuera una especie de comunista con fobia hacia los ricos. No. Algunos de los amigos de Jesús eran ricos. José de Arimatea era un acaudalado; ricos eran también Zaqueo, Lázaro y Marta; posiblemente Mateo, el apóstol, era de posición social alta, pues ejercía el oficio de recaudador. Cristo

no maldice a los ricos, sólo por ser ricos; pero sí los pone sobre aviso acerca de que la riqueza es una cuerda floja por la que deben saber caminar con sumo equilibrio para no dar un traspie y rodar hacia el abismo.

Un famoso periódico de Londres promovió un interesante concurso con el fin de encontrar una adecuada definición de la palabra



“money”, dinero. Se premió la siguiente respuesta: “Dinero es un ídolo al que adoran todas las clases sociales y que no tiene todavía un templo en la ciudad”. Curiosa definición, pero poco valedera ya que hay tantos corazones que son verdaderos templos en donde se tributa adoración perenne a ese señor poderoso al que el poeta Quevedo, con amargo humor, llamaba “Don Dinero”.

“Lo que sobra denlo a los pobres”

La psicología del rico

El peligro de las riquezas está ligado íntimamente a la psicología del rico. El dinero hace que su dueño se sienta seguro como en una caja fuerte. Nadie puede contra él; todo lo logra con esa llave maestra que abre al instante cualquier puerta. Tan poderoso se llega a creer que

es muy fácil que se olvide de Dios. La necesidad empuja constantemente al pobre a pensar en Dios; lo necesita, sabe que sin Él se convierte en hoja seca que el viento va arrastrando por las calles. El mayordomo infiel se creyó tan seguro de sí mismo con el dinero que se olvidó de su señor que bondadosamente le había nombrado mayordomo de su hacienda. El primer paso en falso del rico puede ser ir borrando, casi inconscientemente, de su corazón el nombre de Dios para imprimir otro nombre distinto.

El segundo paso en falso es consecuencia del primero. Si se olvida de Dios, el corazón se materializa, deja de sentir compasión. El rico Epulón (Lc 16, 20-25) banqueteaba espléndidamente y ya no tenía oídos para escuchar al harapiento Lázaro que le pedía solamente las migajas que caían de su mesa. Lázaro no solicitaba dinero, ni un pedazo de pan, ni una tajada de bistec; solamente le rogaba que le dejara recoger las migajas de pan que estaban en el suelo. Pero el corazón del rico Epulón estaba tan metalizado que ya no lograba sentir compasión. Sólo así se puede entender que un hombre viva en un palacio oriental, olvidándose que alrededor de su isla encantada pululan millares de seres famélicos que no le piden dinero, ni pan, ni juguetes para sus niños, sino solamente un salario justo, un tratamiento humano. Unas migajas en todo el sentido de la palabra.

Nunca les sobra

“Lo que sobra denlo a los pobres”, dice la Biblia. No es un sencillo consejo; es un auténtico mandato de Dios. Pero el que tiene el corazón acorazado por la riqueza piensa que a él no le sobra nada; más bien, siempre le falta algo para satisfacer su insaciable deseo de lujo refinado. La parábola del rico Epulón y del miserable Lázaro no es una bonita fábula oriental, que Jesús narró a sus oyentes para entretenerlos; es una historia de ayer y de siempre; es la biografía del mayordomo bueno que se convierte en “infiel”, en ladrón, al dejarse deslumbrar por el brillo alucinador del oro.

Es muy fácil creer que el dinero da la felicidad, que la sonrisa es el pan cotidiano del rico. Cuando se hojean algunas autobiografías de grandes artistas de cine o de personajes de fama internacional, que se bañan en dinero, se descubre en ellos un trasfondo de desilusión, de

Un gran teatro

El poeta Alberto Velásquez escribió: “El dinero es un disco de troquel doble: el anverso muestra a Dios y sus bienes y su misericordia; mientras que, en el reverso, el Diablo acuña la tentación y el crimen”.



“Ay de ustedes los

La riqueza es como la belleza en la mujer: la puede hacer muy feliz o muy desdichada. A unos la riqueza les sirve para salvarse; a otros, para condenarse. José de Arimatea lo comprendió perfectamente cuando se desprendió de su sepulcro nuevo para cederlo a Jesús. El avaro y perspicaz Zaqueo también aprendió que sólo administrando con justicia su caudal podía salvarse. Delante del Señor prometió que daría la mitad de sus bienes a los pobres y que restituiría con intereses lo que había quitado injustamente a los demás. Desde aquel mismo instante, Zaqueo pasó a ser el prototipo del rico bueno, que se considera siempre un siervo y no pretende robar la hacienda de su Señor.

amargura. Lo tienen todo, menos una brizna de felicidad. Es la triste consecuencia del que cree que la luz divina se puede sustituir con el brillo del oro. ¡No se logra encender una fogata con el rayito de una luciérnaga!

Por más que el rico injusto quiera huir del espectro de la pobreza, que levanta contra él su dedo amenazador, no podrá lograrlo; en la subconciencia el fantasma del pobre le brincaré constantemente con zapatos claveteados.

Calderón de la Barca describió nuestro mundo como un gran teatro: durante la comedia a cada uno se le entrega una vestidura para representar un papel. Lo que se olvida con suma facilidad es que esa vestidura de rey, de rico, de potentado, es un simple préstamo. La función termina, y al rico no se le preguntará más cuánto dinero tiene en el banco, sino si supo administrar el dinero de su Señor, vistiéndolo al desnudo, dando de comer al hambriento y dando de beber al sediento. 🙏